

Guillermo Köhnenkamp

Goyo Vera

I



Al mirar esa mañana, Gregorio Vera; el hijo mayor del finado Eustaquio Vera, las sorprendidas nieves del otoño descolgarse por los flancos de la montaña, en una blanca invasión hacia el llano, replegó de los contrafuertes del Cajón Chico el onduloso rebaño de ovejas, y secundado por su pequeño estado mayor—un chiquillo de trece años y dos perros barcinos—organizó la retirada. En el corral, detrás de la choza atrincherada en las quiebras cordilleranas, acuarteló rigurosamente el manso y disciplinado ejército, y al otro día, muy de alba, abriendo las puertas del corralón, y acompañado siempre por sus dos perros, y algún trecho por el rapaz, puso rumbo a la hacienda de Los Chilcales, tendida allá abajo, a los pies de la cordillera de la costa.

Era fatigoso al principio, encauzar ese piño de quinientas merinas, desconocedoras de la huella que, precipitadas por su propio impulso descendente, querían

desbordarse en cándidas torrenteras, por la vertiginosa escarpa de la montaña. Pero, era cosa de media legua, y después el rebaño se vaciaría en el otro cajón, para seguir el camino que bajaba junto al álveo.

Cuando ya iban entrando a la ruta, gritó el chiquillo:

—¡Mire, don Goyo, cómo puntea relindo el Canela!

En efecto, delante, como aguja que arrastra la hebra, el puntero tiraba el rebaño, hacia el río. A los flancos, el otro barcino corría falda arriba y falda abajo, encauzándole, moldeándolo, y a ratos parábase a mirar a Gregorio, pidiéndole su aprobación.

—Ya está bueno ya, Rosauero... Vuélvete pa la casa, y le juntan leña a mi madre, con Tomacito. Y no se olviden de las huachas paridas...

Iba ahora, contemplando satisfecho el ondulante rebaño, que bajo las ágiles maniobras de los perros, formaba lentas y caprichosas figuras, como una nube que fuera a ras de tierra, cuando oyó unos balidos débiles, escondidos y medrosos. Miró hacia atrás, alzándose en los estribos, atisbando a través de la gaza de nieblas y de polvo, por si alguna de sus ovejas se le hubiese quedado rezagada entre los matojos. No vió ninguna, y pensó que habría sido acaso el eco del rebaño repetido por alguna concavidad burlona, o bien, el rumor de algún rodado lejano. Pero, de pronto, se detuvo todo el piño, simultáneamente, y los dos perros alzaron las orejas avizoras, husmeando contra el viento. Se repitíe-

ron entonces los mismos medrosos balidos, como encantados y subterráneos, pero más precisos, y uno de los barcinos se lanzó a campo traviesa hacia un barranco que disimulaba, aislado de las quebradas convergentes del Cajón. Al borde del precipicio, medio descolgándose en él, comenzó a ladrar estrepitosamente, significativamente, mientras el otro perro avizoraba, a la expectativa, sin desamparar la cabeza del ganado.

Se apeó el mozo, y corrió hacia los bordes del barranco. Miró abajo: Cinco hermosas ovejas, merinas, como las suyas, alzaban en el fondo sus cabecitas asustadas, ora hacia él, ora hacia el perro, que seguía dando vueltas al precipicio, metiéndose por entre las piedras, en busca de algún acceso. Atónito miraba el mozo, pensando cómo esas ovejas se le podían haber caído ahí tan de repente, en ese hoyo del que no tenía ni noticias.

¿Por dónde diablos se habrían metido? . . . — ¡Búscale, búscale, Alhelí—le azuzó al barcino. Dejó el perro de ladrar, y apareció al cabo de un instante junto a las reses, a las que olfateó, receloso. Lo llamó, Goyo, y se fué tras él, en busca del camino. Entre un laberinto de piedras, una tupición de michayes entrelazaban sus ramas, demasiado entrelazadamense acaso . . . Por entre ellas, doblando las cuatro patas, pegando el vientre contra las lajas, se deslizó el perro hacia abajo. Carmenó el mozo la entrabada ramazón, y apareció el boquete de un estrecho caminillo.

Miró, abajo, estupefacto, las ovejas, ¡Recón! no eran suyas . . . Estas eran mochitas . . . — ¡Chis! la suerte

que me da Dios—se dijo, entre feliz y supersticioso:

Las endilgaba hacia arriba, cuando el perro, que había estado olfateando entre los hierbajos, se le acercó con una media oreja en el hocico.—¡Trae acá, vos!—le mandó. La miró: era de oveja, y tenía aún unas gotitas de sangre negra, coagulada, en su corte. Una pequeña V, hacia el lado de afuera, antigua y ya cicatrizada, de bordes pelosos, era la señal.—¡Jay! la señal de don Barraza!... Anteayer no más bajaron con el piño... ¿Cómo diablos se les habrán quedado aquí estas ovejas?—volvió a soliloquiar, intrigado. Buscó entre los coirones, y encontró las nueve orejas restantes, igualitas.

II

«Se fué Valentín
para Vichuquén;
vendió los carneros
y no supo a quien...»

Iba cantando, Gregorio Vera, al dejar atrás las últimas estribaciones cordilleranas. Un olorcillo húmedo de gramíneas y melozas se enredaba en el aire de la mañana; y el río, ya más caudaloso, se abalanzaba hacia el valle, impetuosamente. Desde una puntilla, vió que subían por un caminillo del otro lado del río, dos guasos, muy cacharpeados y emponchados. —¡Los maucha Encina...!—se dijo. ¿En qué andarán estos brujos

mañosazos? Se detuvieron un rato, los hombres, a mirar el rebaño, y después se perdieron cajón arriba.

Por el cajón, que se ensanchaba paulatinamente, veía ya Gregorio desperezarse ante sus ojos el extendido valle, en el que verdeaban todavía los últimos maizales abrileños y los pastizales florecidos de vacunos. Hacia allá, hacia la izquierda, el valle se perdía, se alejaba neblinosamente, hasta tropezar en las correntosas aguas del Mataquito. Y acá, la otra cordillera, la cordillera de la Costa, le alargaba, amigable, uno de sus brazos, para acortarle la jornada. A la vuelta, detrás de aquel caserío, estaban las hijuelas de la Comunidad. De pasadita, le entregaría las ovejas a don Vicente Barraza. —Van descomidas— se dijo, mirando las cinco mochitas, agrupadas al medio del rebaño.

Dejó a las ovejas ramonear un rato, contra unas pircas, antes de entrar al valle. El, por no ser menos, se comió unas tajadas de pan amasado, y de charqui, con sus perros.

Estaba juntando el rebaño, cuando vió aparecer nuevamente, siguiendo ahora su ruta, a los dos guasos. Tuvo un pequeño sobresalto, al verles; pero se recobró más presto que cuando veía un puma agazapado entre las ramas de un michay o tras un risco, acechándole alguna oveja descarriada. Ellos se acercaron con disimulo. Parecían dos peucos. Habló uno:

—Oiga, amigo, ¿no los ha visto unas ovejas que se nos han quedado por estos trechos p'arriba?

Se paró el mozo, púsose un poco de soslayo, en la

montura, mirando hacia atrás, y rascándose la cabeza, como pensando.

—¿Unas ovejas? . . .—dubitó un rato, capciosamente.—No las he visto na, afirmó después. ¿Y cuándo se les quedaron, pues, señor?

—Anteayer sería, como a estas horas . . .—aseguró el más joven, clavando sus miradas audaces y rapaces en las merinas—¡Y son igualitas a las tuyas, hom . . .!

—¡Recón!, entonces ya se las habrá comido el león, pues, señor. Agora que recuerdo, por ahí más arribita, vide unas orejas que había dejado no más . . .

Se miraron, los guasos, amoscados.—Oye, vos,—dijo acercándose descaradamente el que había hablado primero—¿no tenís alguna de estas ovejas que quisiérais negociar con nosotros? No te hagáis el leso: nosotros te conocimos bien . . .—agregó mirándolo cínicamente por sobre su patuleca nariz de aguilucho.

—Será brujo usted, pues, don . . . que tan rebién conoce a la gente, contestóle Goyo con calma. Y agregó en seguida: —Bueno, de venderles ovejas, yo les vendería; pero es que hay una imposibilidad . . .

Se detuvo. El otro guaso, el más joven, intervino, haciendo sonar sus rodajas de plata:

—¿Una imposibilidad? ipsch! nosotros te la arreglamos ligerito . . .

—¿No les decía yo que serían brujos, ustedes? ¿No les decía yo? . . .

—¡Déjate de brujos y háblale luego,—increpóle el

de la nariz de mal agüero, aproximándose.—¿Qué imposibilidad es la que tenís?

Gregorio se lo quedó mirando, sin apurarse.—¡Bah! señor,—dijo al cabo—no era na brujo entonces... Yo me lo había creído por la cara de chonchón que tenía... Bueno, pues;—declaró por fin—la imposibilidad que tengo, es que estas ovejas no son na de don Vicente Barraza, ni yo soy Filemón, tampoco...

Se alzaron de veras ahora, los mauchos, revolviendo los ojos, y como dispuestos a echarse sobre el joven. Goyo Vera lo comprendió, y ganándoles el quién vive, les dijo resueltamente, poniéndoseles por delante, y sofrenando su caballo:

—Miren, vayan a preguntarle a los carabineros por sus ovejas. Ellos les daran razones. Y en las de no, también se las podría dar Goyo Vera, es que... —y los miró, abarcándoles a los dos de una sola mirada.

Las macizas espaldas del ovejero, su aspecto de árbol recio, incommovible, de las montañas, y el nombre mismo de Goyo Vera, intimidaron a los rapaces guasos; y volvieron grupas, refunfuñando amenazadores.

III

—Déjese de albricias, don Vicho. ¡Pa lo que me ha costado! Continás que la amistad que le tenía el finado mi padre...

—Sí, pues, hombre; harto amigos que fuimos. Estas mismas ovejitas que ahora veís, las empezamos en medias,

cuando vos no eras más que un cabrito así no más...

Y don Vicente Barraza mostraba un chivito pequeño, que estrujaba las tetas de la madre, en un rincón del corral.—¿Y a vos, no te roban ovejas, Goyo, hombre?...—continuó—. ¿Cómo diablos se las averiguan estos mauchos para echarlas al hoyo? ¿Será cierto, entonces, que son brujos?...

—¡Bah! señor, ¡qué van a ser brujos, esos peucos!...—replicó Gregorio. Y agregó sentenciosamente.—Y no han de ser los únicos ladrones digo yo...

Curioseando un poco con la mirada en torno suyo, encendió un cigarrillo que don Vicente Barraza le había ofrecido, y despidiéndose, se fué a arrear su rebaño; que balaba afuera, en el callejón. Del lado de adentro del corral, Filemón, el ovejero de don Vicente, le seguía con la mirada; de soslayo, y algunas mujeres y chiquillos atisbaban desde los corredores.

—Bueno, pues, hombre. Alcanzáis a ir y a volver en un par de horas—le dijo don Vicho, mirando el sigiloso sol otoñal que se precipitaba tras los últimos cerros de la costa—. Te quedas unos cuantos días por aquí mientras estés ocupado. No seáis lesos: ya sabís que de pasadita te pillamos.

De vuelta, libre ya del rebaño, al pasar por el estero Grande, Gregorio se desmontó, y en un remanso entre las piedras, desnudo hasta la cintura, se lavó cuidadosamente. Enjugóse la morena piel con algunos puñados de hierbabuena; se secó después con el pañuelo y se aliñó el físico, mirándose en el agua. Había

que ir limpiecito: los Barraza eran gente campechana; pero de buena cepa. Casi estaba sintiendo ahora el no haber dado la vuelta por el otro callejón, o haberse quedado donde el mayordomo. ¿Dónde diablos le irían a alojar esa noche, en esa casa tan grandaza? De fijo que, en la comida le iban a poner servilleta, y cubiertos, y otros artefactos... Y a lo mejor, le sentaban al lado de una de las chiquillas. (Aquí, un cosquilleo desconocido le corrió inusitadamente por todo el cuerpo). Pero, también él se encontraba muy a su gusto con don Vicente Barraza, y podrían platicar de lo lindo. ¡Bah! ya se había comprometido, y... ¡que tanto sería, pues!

En realidad, una hora más tarde, se hallaba lo más bien en el enjalbegado comedor de don Vicente Barraza, saboreando, (algo cohibido al principio), la hospitalaria cena agraria. Don Vicente le había hecho contar por tercera o cuarta vez el descubrimiento de las ovejas, y el cuasi entrevero del mozo con los mauchos Encina.

—Esos mauchos son atropelladores... Y miren que eso de las orejas está muy bonito, hombre. Estarías bueno para comandante, vos.

—Si fué el Alhelí, don Vicente. El las olfateó... y enrojeció, de pronto, porque una de las hijas de don Vicente, que estaba sentada a su lado, escuchando con mucha atención, había largado una incontenible y nerviosa carcajada.

—Bueno, pues, Goyo; otro trago. Este vinito es de la hijuela. Es del año pasado. ¡Salud!

—¡Salud! don Vicho. Bien rico.

IV

Pasada era ya la medianoche, y Gregorio Vera se daba vueltas en el lecho desasosegadamente. Un sencillo y limpio lecho campesino; pero que a él le parecía una parrilla caliente, en un cuarto también enjalbegado y con un ventanillo al huerto. En el huerto, una vaga vislumbre astral desdibujaba el ramaje medroso de las higueras y por la ventana se colaba el aroma nupcial de los limoneros.

—¡Buen dar, Señor! ¡Buen dar!—suspiraba el mozo, presa de una tortura desconocida—¿Qué será esto que tengo, Señor?

Se quedó al fin, de espaldas, inmóvil, con los ojos clavados en el hueco lejano del ventanillo; pero sus pensamientos vagaban, no obstante, por los desconocidos aposentos de la casa. A través de las sombras y de los muros, sus sentidos buscaban algo, palpaban algo, a alguien, afanosamente. Sí; era una terrible cosa, desconocida hasta entonces para él, lo que le estaba pasando...—¿Quién la iba a maliciar, Señor!...—se repetía.

Se enderezó, y bebió un largo trago de agua. La frescura del agua, le calmó por unos instantes. Y alestargados, un tanto, sus sentidos, su imaginación fué ahora acumulando detalles, repasando con un dolor ingustado hasta entonces por él, el fulminante caso de su mal.

Conversa que conversa, al principio, habían apurado demasiado a menudo, con don Vicente Barraza, los vasos. Al final de la comida, Goyo Vera se había atrevido a escanciarle vino a su vecina, a la Charito, sin atinar a servirle a las otras chiquillas. Don Vicho, campechano y alegre, honraba a ese modesto y honrado huésped, hijo de su amigo Eustaquio Vera; y el mozo sentía que junto con el vino amable y bullicioso, algo silencioso y enardecino se le iba infiltrando progresivamente por las venas. Un aroma tibio, como a hierbabuena—alguna hoja que se le había quedado pegada a la piel, sin duda—mezclado con otro olorcito, picante, indefinible, le dilataban las narices agradablemente. La Charito le miraba a veces, con los ojos muy negros y como ausentes, y al encontrarse sus miradas con las verdosas pupilas de Goyo, enrojecía, sobre su plato... Gregorio las conocía a todas las hijas de don Barraza desde que eran chiquitas; pero así a la ligera, de pasadita no más... y ahora, esta Charito, ¡había que ver lo mujercita y lo bonita que estaba!... ¡Y la boquita linda que tenía!... ¿Qué sería de ella ese aroma tan rico, como a hierbabuena, y a otra cosa, que sentía a ratos?—Olor a señorita, pues guasamaco—se sentenciaba después.

Eso de «señorita» le había descorazonado un poco, le había avinagrado un poco, al darse cuenta, la repentina conciencia de vivir. Y después, cuando estaba contando su lucha con un puma hambriento, la muchacha, a un tiempo en que él iba a contestar a una nueva

invitación de don Vicente, le había dado de pronto un codazo nervioso e involuntario. Desde ese momento, Goyo estuvo como sobre ascuas; y bajo la nieve de su candidez serrana, había comenzado a agitarse el volcán de sus sentidos encartujados.

Después de la comida—en la panzuda botella seguía alumbrando amigablemente el buen vinillo doméstico—don Vicente quiso que la Rosarito les cantase algunas tonadas. Y con las tonadas sentimentales, que parecía que se las cantaban a él, y las negras miradas absortas de la niña, se despertó de pronto el bizarro romanticismo criollo, en el corazón de Gregorio Vera.

Y ahora, ahí estaba dándose vueltas y más vueltas, tocado de invisible mal: insomne, él, que todavía no se echaba a dormir, y ya estaba durmiendo. ¿Estaría embrujado? ¿Le habría dado algún filtro la Rosarito? ¿Por qué, ese olorcito tan... no sabía cómo, que le mareaba más que el vino? Recordó historias y leyendas de princesas hijas de rey, que acechaban a los viajeros y los enamoraban..., y a veces se casaban con ellos. ¡Casarse él, con la Charito!... ¡Señor! ¿estaba loco?... ¿Y cómo? Ella era señorita; es cierto que era casi como una cualquiera; pero tenían una casa bien grandaza con hartos cuartos, y la hijuela; y animales... Y él no era más que un guasamaco, un ovejero no más... Sin saber por qué, le sonó mal ahora eso de ovejero, y desviándose un poco del asunto, se puso a pensar y recordar por un momento en sus propios recuerdos. No; él no era un ovejero no más; él era un me-

diero de la hacienda de los Chilcales, y su padre había sido . . . no sé qué cosa por ahí abajo. Recordó aquí, vagamente, unas historias lindas que había oído cuando chico, de su padre. ¿Por qué diablos se habría venido a meter, el finado, en esas cerrazones cordilleras? . . .

Además, el viejo les había dejado sus buenos cobres, el rancho, y unas cuantas cuadras de terreno en los flancos hirsutos de la montaña; y él, Goyo Vera, también podría comprarse, si lo quisiera, sus «terroncitos» ahí abajo, y traerse a su madre, y a Tomasito, y al chiquillo Rosauero. Lo peor del caso es que él era cobardote con las mujeres, y la Charito . . . ¿cómo diablos se iría a atrever, él . . . ?

Pero, ¿por qué se le quedaba mirando, como ausente y embobada, ella, cuando comían, y se asorochaba toda . . . se asorochó toda, cuando don Vicente Barraza, algo borracho, la mandó a que le mostrara su cuarto «al amigo Goyo»?

Aquí, como chamizas reseca dentro del horno, ardieron de nuevo los pensamientos y los sentimientos de Gregorio, y el dolor, alimentado generosamente con su robusta sensibilidad, se le hizo intolerable. Y, cosa rara y natural, con el amor, un pesimismo cerrado le nubló el ardoroso límite de sus esperanzas. Le pareció que la niña se había estado burlando de él con sus miraditas y dengues; que a lo mejor le había echado en el vino alguna cosa, para embrujarle y hacerle padecer . . . ¡Y todo, por causa de esas malditas ovejas!

¡Y esos malditos mauchos, también! . . . ¡Los mauchos! ¿Sería cierto, entonces, que eran brujos? A lo mejor . . .

V

La reacción le había venido de golpe, vigorosa. Restregándose los ojos casi con rabia, y vistiéndose a medias y apresuradamente, salió del cuarto. Un vago instinto le hacía huir de ahí. Si veía otra vez a la Charito, estaba perdido, perdido sin remedio. Se fué a tientas, orientándose, por el corredor. Al final, a la puerta de un cuarto grande, del cuarto de los aperos, dormían sus perros. Entró y sacó su montura y se fué a la caballeriza de don Barraza, seguido de los barcinos, a ensillar su caballo, que perseguía los últimos granos de cebada entre la paja.

Iba quedo, despacito, tirándolo de las riendas, apogado al corral de las ovejas, cuando vió una sombra que se deslizaba por entre los limoneros. Se quedó helado, más que del miedo repentino, de emoción; y al fin, soltando las riendas al animal, corrió hacia ella. Era la Charito: estaba temblorosa y asustada.

—¿Qué anda haciendo por aquí, tan oscuro . . . usted . . . —le dijo, todo cortado.

—Es que . . . sentí que andaban . . . y sentí miedo que los perros . . . No me acordaba que estaban amarrados . . . —respondió ella, más cortada aún que Gregorio, y volviendo la cabeza, y esquivándose, temerosa.

Se quedaron clavados, indecisos, en el silencio es-

pectante de la noche, del que surtía y se desgranaba, la pirotecnia musical de las ranas. El mozo la miraba, como extasiado; y paulatinamente sus miradas fueron siguiendo las miradas de la niña. Las fueron siguiendo, persiguiendo, por entre los naranjos y las higueras, hasta el tapial...

Un golpe seco, al otro lado de las tapias, hizo ladrar los perros furiosamente. Gregorio Vera alcanzó a ver una rápida silueta, como que se degollaba en el filo de las bardas; y le pareció reconocer... Después, casi simultáneamente, se sintió el galopar de un caballo y el ladrido progresivo de los perros, en los callejones. Miró a la Charito, que se había quedado petrificada, al mismo tiempo que sentía otro golpe dentro del pecho, y le ladraba rabiosamente el corazón. Se cruzaron sus miradas: terribles, las del mozo; asustadas, estupefactas las de la niña; y ella se echó a llorar, cubriéndose la cara, convulsivamente.

Al fin Gregorio Vera no hallaba qué hacerse. Su sencilla naturaleza se había complicado atrozmente en un momento: ¿Irse?... ¿Cómo irse, así, en esas circunstancias? ¿Y cómo saber lo que había pasado...? ¿Y qué tenía que ver él, Gregorio Vera, con lo que pasaba en la casa de don Vicente Barraza?... Todos dormían profundamente, al parecer, en esa casa y nadie se había dado cuenta de nada. De pronto la Charito, sin poderse contener, gritó:

—¡Son ellos... es él, Rosendo Encina! ¡Son ellos!... Yo no tengo la culpa...

Se descubrió el rostro, y mirando extraviadamente al mozo, agregó:

—¿No ve que son brujos? ¿No ve que Rosendo...?

Se detuvo otra vez, temblando, temerosa y Gregorio Vera la aferró de una mano. El mozo estaba atónito y exasperado, así como estaba ella de asustada y conster-nada.

—¿Qué es lo que pasa, entonces?—la interrogó con rabia, haciendo fuerzas desconocidas por comprender.

Entonces la Charito, atropelladamente, lo contó todo o casi todo: —Sí; eran unos bandidos, unos sinver-güenzas los Encina; pero... ¡eran brujos! No... «él» no era brujo, Rosendo Encina; era Manuel el que tenía «poder» no más... Pero él, Rosendo, estaba enamorado de ella y quería que se casara con él... Ella no sabía si... Además tenían alianza con un brujo de Vichu-quén... y don Vicente Barraza no sabía nada. No quería Rosendo que supiera nada... También tenían amenazado a Filemón, el ovejero; y Filemón, de miedo, les entregaba las ovejas... «Son para ella misma, no más, al fin y al cabo...» le decían ellos. Y concluyó sollozando: —A usted lo siguieron y supieron que es-taba alojado aquí... y ahora él, Rosendo...

—¡Y ahora se la querían robar a usted también y la querían echar al barranco—la interrumpió él, bruscamen-te. Y agregó con violencia: —¡Y usted también será bruja, a lo mejor!... Cómo a mí, entonces, anoche...

No terminó. La Charito, atónita de pronto, se ha-bía erguido en la noche, secándose su llanto instantá-

neamente. ¿Ella, bruja? . . . ¡Señor! Buscaba la palabra dura, como piedra de estero, para contestarle al mozo, y en el buscar en vano, agujada por la ofensa, se le fueron los ojos agrandando hasta clavarse al fin en una sorpresiva y paulatina interrogación:

—¿Se iba? ¿Por qué se iba? . . . ¿Por «eso» se iba entonces, ahora . . . ?

Lo dijo con voz húmeda, hurgándole en el pensamiento con los ojos. Goyo comprendió, o mejor, sintió en sí mismo la herida, e inclinó la cabeza.

—Me iba . . . ¡no sé por qué me iba!—le contestó, disculpándose, no obstante, tercamente. Y agregó con un acento ronco y amargo, disponiéndose a irse, a huir de ahí de una vez. —Agora si que me voy . . . ¡Y qué tiene que ver con que yo me vaya? . . .

Pero Gregorio Vera no se movía. Inmóvil, arraigado ahí, como una higuera sin hojas, hundía sus miradas fatalizadas en el abismo de los ojos negros de la Charito, pareciéndole oír como un balido encantado, mientras ella tiritaba, encogida, al borroso borde de la noche.